

PALABRINAS

-Fractura de fémur-. Ese fue el tajante diagnóstico del traumatólogo tras observar las radiografías. Mi pobre abuelo con razón se quejaba. Ya no podría subirse esta temporada a los cerezos para coger esas picotas. Los médicos le dijeron que necesitaría reposo, así que estaría todo el verano entre la cama y su sillón. Lo malo de esta situación es que me toca a mí cuidar de él, ¡Pero si sólo tengo 15 años!

-Tó un hombre- dijo mi abuelo. Mis padres trabajaban y mi abuela está muy mayor como para cargar con el bonachón de mi abuelo.

En fin, como no serviría de nada quejarse, pues acepté toda esa situación como castigo a mis malas notas durante el curso. Él se llama Gumersindo, pero todos le conocen como "Sindo".

Ese verano se me hizo más corto de lo habitual, pese a estar exiliado de mi habitación y esos complementos que tanto me *molan*, como el mp4 y mi portátil. Dicen mis padres que ya

es hora de que estudie y que aprenda que en la vida no regalan nada.

La casa de mi abuela es pequeñita, tiene dos habitaciones grandes, en una de ellas hay dos camas. Una cama está ocupada por Sindo y en la otra cama duerme mi abuela. En la otra habitación ahora duermo yo. Mi abuela, María, pasa mucho tiempo fuera, porque ahora ella atiende a las gallinas y como se suele decir "el que tenga hacienda que la atienda". Ella nos dejaba la comida casi hecha. Tan sólo calentarla o freír algo sin complicación. No tuve problema en eso.

Al principio, me sentía un poco extraño con mi abuelo. Siempre nos hemos llevado bien, pero nunca habíamos pasado tiempo juntos. No podía ver más televisión que la que ponía mi abuelo a la hora del parte, como dice él. Órdenes de mis padres.

Ese verano aprendí muchas cosas, aparte de las prácticas obligadas de auxiliar de geriatría, la forma tan distinta que tienen los ancianos (mi madre no me deja decir viejos) de ver

las cosas cotidianas de la vida. Me di cuenta de que somos muy distintos.

Una mañana mientras él estaba en la cama recostado y yo leyendo el aburrido libro de matemáticas y resoplando, empezó a hablarme Sindo:

-¿Por qué pones esa cara de candil *revieju* cuando lees?-Preguntaba él.

- Es que son muy difíciles estas matemáticas.- Le respondía yo.

- No lo creas, mira, la tabla de multiplicar es *asín*...-

Y él empezó a relatar toda la tabla, hasta que llegó al final, que me tronché de risa cuando dijo: -...y diez por diez, *cientu*-. Esas no eran las matemáticas que yo estaba estudiando pero entendí que para alguien sin graduado escolar, saber leer y multiplicar era mucho. Sindo siempre se reía. Era de esas personas que te transmiten buenas vibraciones. La pierna le dolía de vez en cuando pero no quería causarme molestias. Él decía: "más se perdió en la guerra y *vinon* silbando". Así que él

también ponía de su parte para hacer más llevadera esa forzada convivencia.

Me preguntó que qué hacía cuando dejaba de estudiar, que a qué jugaba. Yo le dije que a nada, me han prohibido tanto la videoconsola como el ordenador así que poca cosa. -¿El ordenador? *Esus* aparatos no los *entiendu*. Se me hacen ya demasiados botones los del dirigible de la tele, cuanto más esos *trastus*-. Y él me empezó a contar cómo se entretenían en su época: - En mis tiempos de mozo, con cualquier *cosina* aviábamos un juguete. Nos encantaba *juegal* con las latas. Nos hacíamos zancos, o incluso coches. A los bolindres y a las chapas también *juegaba* con el *tíu* Remigio. ¡Qué granuja era! La de gatos gordos que nos *habremus comío* él y yo *en cala Juana*. También nos reuníamos en grandes pandillas y entonábamos el "*¡Tente jerrera! ¡Huyan los míos que están perdíos!*" Recorríamos *to'l* pueblo. Ahí sí que me respondían las piernas.- Decía mientras se tocaba la escayola, impotente, con la mano temblorosa, por debajo de las *calzonas*.

-Ya abuelo, pero es que vosotros no teníais ni televisión ni videojuegos ni nada de eso.- Le respondía yo. Pero lejos de molestarse, me argumentaba: - Ni falta que nos hacía. Antes, todos a tu edad ya *trabajábamus pa* ganarnos una perra gorda. Había necesidad y los *caprichus* eran otros, todos queríamos tener nuestra propia ropa, no esa que heredábamos de sabe Dios quién, con esos *jarapales* que íbamos hechos unos *farraguas*; queríamos zapatos de nuestro número; o una pelota que no fuera de trapo. Y las niñas, una muñeca, porque siempre se las fabricaban ellas. *Éramus* unos artistas, pues todos los juguetes nos los *jacíamos nusotrus mismu*. Ahora tenéis *demasíaos* zarríos. Aprende esto zagal, no es más feliz el que más tiene sino el que menos necesita. Tú ahora te darás cuenta de que la mitad de los *jachipenes* que tienes no te hacen falta. Asómate a la ventana. Mira y dime qué ves.

-Me dijo mi abuelo.-

-Pues veo gente que va a por el pan y trabajadores.- Le respondí.

-¿Cuántos niños ves?- Me preguntaba desde la cama. -No veo ninguno-. Le contesté.

-¿Naide?'¿Pov y como? A eso me quería referir Y haberlos *hailos*, *veleahíle* el hijo de la Puri, o los "mellis" de la Pepa, o la niña del molinero, bueno, la nieta... Sí que hay, pero no salen. No salís *ná*. *Nusotrus* estábamos *tó* el día en la calle, persiguiendo *amagostos* o *murgaños*; estábamos armando *zacatúas* y haciendo *judiás* a los *gurriatos*. ¡Vaya *aliños*! Llegábamos con *piqueras* y *ehcalabrauras*, las rodillas con *negrales* y hasta los calcañales *desollaitos*. Pero ni se te ocurriera ir llorando diciendo que te habías caído, que te habían pegado o que te habían quitado tal o cual chisme, que encima cobrabas: te daban hule y te decían, "pues ahora vas a llorar por algo" y ¡zas! Alpargatazo al culo. O te gritaban, "¡como te dé un pehcozón, *torta breva*, te espabilo!". Había que tener mucha *albeliá*-. Me contaba Sindo.

-Ya abuelo, pero eran otros tiempos, ahora necesitamos internet y el móvil.-Le contestaba yo.

-Sí, pudiera ser. Mira, te voy a decir una cosa, *prenda*, *nosotros* mismos somos los que nos creamos las necesidades. Que si me hacen falta estos *jarrijates*, que si quiero estos titulillos, etc. No te voy a decir que en el *tiempo del hambre* se viviera mejor, pero teníamos más espabilada a la "*loca de la casa*". ¿Sabes quién era la loca de la casa?-Me preguntó.-No. Sólo sé qué es la "tonta de la casa" que es la lavadora.-Respondí, aunque pensaba algo peor acerca de la loca esa. Entonces mi abuelo se rió mucho y me dijo que la loca de la casa es la imaginación.

También me dijo que antiguamente la abuela María se iba con las amigas al lavadero, que estaba a un kilómetro, con su jabón de sosa y aceite al que ahora lo llaman Marsella y con la tajuelilla. Allí se *oreaban* todo tipo de trapos decía mi abuelo. ¡*Malejas chinchorreras* estaban hechas!

Lo que también echo en falta son aquellas comidas. *Desdecá* que no como esos *rabiacanes* y las *pamplinas* con una *miajina* de aceite. O cuando asaltábamos alguna finca y nos *ñascábamos* las castañas *avellanás*, las *dulcitas* cerezas o

lo que pilláramos. Nos encantaba asar castañas en noviembre para comer *calvotes*. También nos hemos *apiporrao de altamuces*, *alcahueses* y pipas de los *tomasoles*. Pero lo mejor de todo era la caldereta de tu abuela, con su buen condumio, que acababas *empancinao* y *chuperreteándote* los dedos o arrebañando el perol que yacía en las trébedes. Recuerdo la vez que me *añurgué* comiendo los *chícharos*. Qué mal lo pasé, pero es que en aquella época estábamos *dehjalamíos*. Como el Raimundo que se comió una seta venenosa pensando que era un *galipierno*, se puso *emberrenchinao*, ¡vaya *jamacuco*, je, je!, no se murió pero estuvo *ehcuchimizao* el *mostargan* ese dos semanas. Donde esté una buena *mondonga* o un buen *tasaju* con un jugoso *ringurrango* que se quiten los demás *enreos*.- Recordaba el afable Sindo. -Pero ¡y los dulces!, aún los hace la abuela María en las fiestas y es que el médico me los ha prohibido, pero alguno sí que me como porque me recuerdan a los que repartimos el día de nuestra boda. Que si perrunillas, que si huesillos, las floretas con la miel... Ya te recabaré las fotos de nuestra boda, a ver si

no las han *jundea*. Así verás qué furriona. Todos con el porrón *embroca*, las mujeres bailando, los hombres *sostribaos*, si parece que fue *antiel*...- Decía el nostálgico *mangurrino*.

Y así fueron pasando los días, y las noches. Veía poco a mis padres y a mi abuela, pero cada vez me encantaba más estar con mi abuelo, pues es como si me viera yo ahora cual Huckelberry Finn viviendo esas aventuras de las que tanto habla. Hay algunos detalles que no entiendo muy bien, pero gracias a él, aprendí cosas de las asignaturas como por ejemplo, en ciencias naturales, que existen escuerzos, *santarrostros* o *Santa Teresitas*; en matemáticas que 10 x 10 no son cien; en literatura que tenemos vaquerillos de Gabriel y Galán y en lengua sé también que cada generación o zona posee sus propias palabras y al igual que no todas vienen en la RAE, a nuestros mayores les sucede lo mismo cuando les explicamos tantas siglas ininteligibles para ellos como MP3, PSP, DVD o TDT; lo que es enviar un sms sin ni siquiera ir a Correos o chatear sin tomarse un solo vaso de vino.

Espero que con estas *palabrin*as haya sido capaz de explicar como un verano que se planteaba medio vacío se pasó a ver medio lleno o lleno entero. Por cierto, ese verano aprobé todo aunque en los exámenes asegurara que mi abuelo cazaba gamusinos o jugaba a la taba con el "tío Camuñas". Todo un mundo el de los apodos y los motes, pero eso es harina de otro costal.

TITULO: PALABRINAS

NÉSTOR ROMERO RAMOS

SEPTIEMBRE DEL 2008